

1

Todas las personas nacen el primer día de su vida, y a partir de ese momento comienza su existencia. En mi caso, no fue así. Mi vida comenzó más tarde, empezó exactamente el día que cumplí quince años; y es que ese día experimenté las cosas que a otros les suelen ocurrir nada más nacer, como ver por primera vez a una madre, conocer a una hermana y descubrir que tu padre es capaz de llorar, aunque sea de alegría. Fueron tantos los nuevos acontecimientos y cambió tanto mi existencia a partir de entonces, que no tengo la menor duda de que ese día, sinceramente, fue el primer día de mi vida.

¿Los años anteriores? Pues casi me dan igual, apenas existen. Aunque sea difícil de creer, lo cierto es que ese tiempo ni me importa, ni lo recuerdo, ni lo quiero recordar. De hecho, sé más de él por lo que me han contado que por recuerdos propios: Mi madre biológica, fotógrafa como mi padre, murió atropellada por un coche cuando yo tenía cuatro meses, y no recuerdo nada de ella. Hasta los cinco años estuve viviendo con un matrimonio de ancianos del que apenas me acuerdo vagamente, y después estuve interno en un colegio religioso hasta los quince años. Durante todo ese tiempo, pasaba con mi padre algunos días en navidades, un par de semanas en verano, y el día de mi cumpleaños, al que, a decir verdad, nunca faltó.

Y eso es todo lo que sé, aunque casi no lo recuerdo. Ahora bien, del día en que nací sí que me acuerdo perfectamente, y es que ese día, además de nacer y cumplir quince años, como digo, me pasaron muchas cosas por primera vez, quizás demasiadas... aunque sin duda, las más importantes fueron que estuve en una boda y que me enamoré. Suena raro e insólito, lo reconozco, pero es absolutamente cierto: el día en que nací, asistí a la boda de mis padres y me enamoré de mi hermana Thamar.